



Revista de Estudios Marítimos y Sociales

Publicación científica de carácter semestral

Año 14 - Número 18 - Enero de 2021 - Mar del Plata - Argentina - ISSN 2545-6237

¿Tuvieron las mujeres un Cordobazo? Algunas reflexiones desde testimonios de mujeres trabajadoras

Did women have a Cordobazo? Some reflections from the testimonies of working women

Ana Laura Noguera[†]

Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET); Centro de Estudios Avanzados (CEA); Facultad de Ciencias Sociales; Universidad Nacional de Córdoba, Argentina.

Correo electrónico: analaورانoguera@gmail.com

[†] Dra. En Historia. Becaria posdoctoral del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET). Docente e investigadora del Centro de Estudios Avanzados (CEA). Facultad de Ciencias Sociales. Universidad Nacional de Córdoba (Argentina). E-mail: analaورانoguera@gmail.com



¿Tuvieron las mujeres un Cordobazo? Algunas reflexiones desde testimonios de mujeres trabajadoras

Did women have a Cordobazo? Some reflections from the testimonies of working women

Ana Laura Noguera*

Recibido: 15 de septiembre 2020

Aceptado: 10 de noviembre 2020

Resumen

El Cordobazo ocurrido en Córdoba (Argentina) en mayo de 1969 se convirtió en uno de los emblemas de las protestas obrero-estudiantiles de fines de los años sesenta. En este artículo me propongo reflexionar, a través de testimonios de mujeres trabajadoras, cómo ellas percibieron el Cordobazo, qué impacto tuvo para sus vidas y qué balance hacen del mismo en tanto “hito” que habilitó para muchas la posibilidad de pensarse participando en diferentes lugares de activación política, algunos radicalizados. Retomaremos aquí algunas experiencias con el objetivo de poder tejer en una urdimbre densa el acontecimiento con procesos de temporalidades un poco más amplias, destacando acciones, estrategias, formas de lucha y organización, reclamos específicos y debates en torno a la mujer trabajadora en los años que siguieron a mayo de 1969. Partimos de una perspectiva de historia social del trabajo con perspectiva de género lo que supone no sólo considerar la experiencia de las y los sujetos y las relaciones sociales tejidas en términos materiales sino también incorporar y problematizar desde el género tales construcciones sociales.

Palabras clave: Género – Clase – Mujeres trabajadoras – Historia Oral – Cordobazo

Abstract

The Cordobazo, which occurred in Córdoba (Argentina) in May 1969, became one of the emblems of the worker-student protests of the late sixties. In this article I propose to reflect, through the testimonies of working women, how they perceived the Cordobazo, what impact it had on their lives and what balance they make of it as a “milestone” that enabled many the possibility of thinking about participating in different places of political activation, some radicalized. Here we will return to some experiences with the aim of being able to weave the event into a dense warp with processes of slightly broader temporalities, highlighting actions, strategies, forms of struggle and organization, specific claims and debates around working women in the years that continued to May 1969. We start from a perspective of the social history of work with a gender perspective, which involves not only considering the experience of the subjects and the social relations woven in material terms, but also incorporating and problematizing such constructions from the gender social.

Key words: Gender - Class - Working women - Oral History - Cordobazo

* Dra. En Historia. Becaria posdoctoral del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET). Docente e investigadora del Centro de Estudios Avanzados (CEA). Facultad de Ciencias Sociales. Universidad Nacional de Córdoba (Argentina). E-mail: analauranoguera@gmail.com



Introducción

¿Tuvieron las mujeres Renacimiento? se preguntaba en tono provocativo Joan Kelly (1990) en un célebre artículo publicado hace ya algunos años. Allí la autora ponía en discusión la idea de que ciertas periodizaciones o “hitos”, presentados como disruptivos para la sociedad en su conjunto en realidad habían provocado transformaciones en las condiciones de vida de los varones y que, en muchos casos, si se analizaba el impacto que el mismo suceso había tenido en la cotidianeidad de las mujeres debían tenerse, al menos, ciertos recaudos.

Parafraseando el título y la invitación a repensar los “hitos” desde una perspectiva de género, en este artículo me propongo reflexionar, a través de testimonios de mujeres trabajadoras, cómo ellas percibieron el Cordobazo ocurrido en Córdoba (Argentina) en mayo de 1969, qué impacto tuvo para sus vidas y qué balance hacen del mismo en tanto acontecimiento que habilitó para muchas la posibilidad de pensarse participando en diferentes lugares de activación política, algunos radicalizados.

Como se sabe, el Córdoba se convirtió en uno de los emblemas de las protestas obrero-estudiantiles de fines de los años sesenta. Sobre el hecho se han escrito cientos de líneas en publicaciones tanto académicas como de divulgación. Si hoy hiciésemos un balance general podríamos decir que hubo -y hay- una preeminencia en rescatar las experiencias de obreros/trabajadores y estudiantes varones, de lo que hicieron, lo que creyeron hacer y lo que hoy creyeron que hicieron, citando la frase de Alessandro Portelli [1991]. Esto no es exclusivo de lo producido en los ámbitos académicos, donde las perspectivas presuntamente neutras, pero en realidad masculinistas, han tenido una significativa gravitación a la hora de abordar éste y otros acontecimientos del pasado reciente; también en los medios de comunicación y en los distintos homenajes organizados por sindicatos, universidades y centros de estudiantes. El Cordobazo fue ciertamente una movilización mayoritariamente masculina. Quién podría negar la centralidad de los líderes sindicales, de las multitudinarias columnas de (los) obreros y (los) estudiantes durante las jornadas. Sin embargo, esta innegable masividad masculina no alcanza para explicar la ausencia de las mujeres en las fotografías, tanto real como metafórica. Imágenes reveladas -y veladas-



que de alguna manera describen sólo una pequeña parte de ese paisaje de revuelta urbana y lo que vendrá.

Hoy, las demandas de los feminismos y los diversos movimientos sociales, que miran hacia atrás buscando ligaduras, hilos rojos, con las luchas pasadas, han logrado que tímidamente se vaya corriendo el velo que cubre aquellas historias más ocultas sobre el mayo cordobés, en particular, y sobre los setenta, en general, esas que tienen a las mujeres como activas participes de esta época. Porque efectivamente sabemos que estuvieron. Que atravesaron las calles, que armaron barricadas, que tuvieron miedo, que colaboraron, que lo vieron desde las veredas atraídas casi hipnóticamente por lo que pasaba, que les cambió la vida. Sobre los cómo y los porqué todavía están pendientes develar las pistas que nos ayuden a responder a estos interrogantes.

En este sentido, estas páginas intentan ser el puntapié inicial de un proyecto más amplio que se propone indagar sobre las condiciones del trabajo femenino en los sesenta y setenta. Muchas preguntas, reflexiones y preocupaciones diversas nos atraviesan, de las que todavía no tenemos respuestas. En muchos casos sólo podemos interpretar situaciones, imaginar diálogos, elaborar hipótesis. No se trata aquí de escribir sobre algo que “está de moda”, como gusta decirse cuando se intenta devaluar ciertas perspectivas y enfoques. Intenta ser eso, un pequeño aporte para comenzar a saldar una deuda pendiente: restituir a las mujeres –trabajadoras- su lugar en los acontecimientos. No porque tengan para contarnos una “historia particular”, desvinculada del conjunto. Sino porque, como ha señalado hace tiempo el feminismo, en sus diversas tendencias, no debe soslayarse el carácter sexuado de las experiencias de las y los sujetos [Hall 2013; Fraser 1997; Hartmann 1980; Scott 2011 [1999]; Federici 2010]. En este sentido, indagar la época desde la historia social del trabajo con perspectiva de género supone no sólo considerar la experiencia de las y los sujetos y las relaciones sociales tejidas en términos materiales –siguiendo una perspectiva marxista-, fundamental sin dudas para la construcción de una identidad “clasista”, sino también incorporar y problematizar desde el género tales construcciones sociales. Es decir, es necesario considerar los (al menos) dos elementos de una misma relación social, la clase generizada, ese doble antagonismo que habita y moldea los cuerpos. Al mismo tiempo, partimos de una premisa nodal: la necesidad de recuperar la agencia, la dimensión “política” del género –y, por tanto, su vinculación con



el ejercicio del poder-. Recuperar sus acciones, sus prácticas, y cómo transformaron (o no) las *performances* de género, complejiza de manera creciente los análisis enfocados sólo en la subordinación y opresión femenina.

Finalmente, también sabemos que el Cordobazo habilitó posibilidades, tanto para las mujeres como para los varones. Jóvenes y no tan jóvenes vieron abrirse frente a ellos diversos escenarios de posibilidades de participación y militancia. Retomaremos aquí algunos de ellos con el objetivo de poder tejer en una urdimbre densa el acontecimiento con procesos de temporalidades un poco más amplias donde las mujeres dejarán su marca, su impronta. Destacaremos, entonces, a partir de los testimonios, algunas acciones, estrategias, formas de lucha y organización, reclamos específicos y debates en torno a la *mujer trabajadora* en los años que siguieron a mayo de 1969.

La situación de las trabajadoras en tiempos del Cordobazo.

Una noción cardinal que atraviesa este texto es que el análisis cobra especial dimensión cuando consideramos que tanto las experiencias de construcción de una clase social como las sexo-genéricas son producto de una interacción social dinámica y cambiante, y que, por lo tanto, es fundamental para el análisis observar los diversos espacios y las distintas temporalidades. ¿Cómo abordar el mundo del trabajo cordobés en clave femenina?, ¿qué sabemos sobre las mujeres obreras/trabajadoras en este período?, ¿cómo participaron del mercado de trabajo?, ¿qué tipo de actividad/trabajo realizaban?

Ciertamente, estas preguntas presentan ciertas dificultades para ser respondidas de manera certera en la medida en que todavía no se ha avanzado lo suficiente en investigaciones concretas que ayuden a reparar estas ausencias. No es menos cierto que las referencias a las mujeres y sus acciones no abundan en las fuentes escritas, donde solo encontramos pequeños vestigios. Las huellas de ese pasado se nos presentan fragmentarias, sólo contamos con algunas pistas, lo que requiere de un trabajo que se asemeja al armado de un rompecabezas. Sin embargo, su presencia o ausencia en las mismas nos habla también de una época y una forma de entender su lugar social. El desafío está en las preguntas que podamos hacerles y las relaciones que podamos



establecer entre estas historias “particulares” con la sociedad en su conjunto. O tal vez se trate de volver a visitar fuentes ya abordadas, hacerles otras preguntas y establecer otras relaciones de conjunto. O ambas a la vez.

En este camino, la Historia Oral abrió puertas. Nos acercó, a través de su testimonio, no sólo a su subjetividad –a la compleja relación de cómo vivieron y cómo recuerdan–, sino también a una serie de acontecimientos no registrados en los documentos y/o a la indispensable relectura de ellos al calor de sus palabras, a través de las cuales todo cobra un sentido diferente. Estas narrativas, construidas desde el propio género, produjeron interpretaciones particulares del pasado y generan que resulte indispensable volver a la pregunta por la estrecha vinculación entre memoria, clase y género.¹

Sabemos que, desde mediados de los años cincuenta, Córdoba fue transformando su fisonomía urbana y socio-económica convirtiéndose en una “nueva ciudad”. La población aumentó considerablemente, acelerándose el proceso de urbanización y ampliando el sector del denominado “Gran Córdoba”. Se modificó el desarrollo económico en la medida que diversas industrias –automotrices, metal-mecánicas, alimenticias, químicas, entre muchas otras– se asentaron en la ciudad. Las mismas concentraron gran cantidad de trabajadores calificados y no calificados creando nuevas condiciones en el mercado de trabajo –centralmente para la mano de obra masculina–, convirtiendo a la ciudad en un centro de atracción para nuevos trabajadores del interior, tanto de la provincia como del resto del país. Hacia 1970, el 35% de la mano de obra estaba empleada en la industria, una cifra importante frente al 19% ocupada en comercio, bancos y compañías de seguro, 35% en servicios y 10% en ocupaciones diversas.

¿Qué ocurrió con el empleo femenino? Los datos disponibles para todo país señalan que hubo importantes transformaciones dentro del mercado de trabajo en relación al acceso y permanencia de las mujeres en el mismo. Si bien, como mencioné anteriormente, asistimos a un proceso de industrialización creciente, esto no impactó de manera significativa en la (re)distribución de la mano de obra femenina, que siguió ocupada mayormente en el sector servicios absorbiendo, junto con el sector comercio, el 85% del aumento total de la mano de obra femenina durante el período de mayor crecimiento

¹ Para los vínculos entre memoria y género ver Noguera [en prensa]; Andújar [2008]; Stanley [2002].



(1960- 1970). Dentro del sector terciario los servicios personales y de hogares continuaron siendo, según los datos del censo de 1970, la actividad que mayor proporción de empleo femenino concentraba, constituyendo el 87% del empleo total de la misma [Recchini de Lattes 1980].

¿Qué pasaba en Córdoba? Un informe elaborado en 1973 señalaba que, al igual que en el resto del país, la mano de obra femenina representaba -en 1970- el 35,9% dentro del total de la Población Económicamente Activa (PEA). Al mismo tiempo existía en el mercado laboral una marcada división sexual del trabajo, es decir, que el empleo femenino tenía una gran concentración en las actividades de servicios (78,32%), especialmente en servicio doméstico, educación, comercio y sanitarios.²

Según este informe, a pesar de constituir un porcentaje mayor en el ítem Nuevos Trabajadores (el 2,91% frente al 1,21% de los varones), para 1970 la desocupación femenina en Córdoba era del 7,5 %, entre 2 y 4 veces mayor en relación a los varones, que tenían un porcentaje del 2,4%. Sin embargo, dentro de la PEA femenina solo el 29,2% trabajaba o buscaba trabajo a diferencia de la población masculina en que el 57,4% trabajaba o buscaba trabajo. De 314.158, que constituía la población no económicamente activa de mujeres, el 46,4% eran amas de casa (el restante niñas, estudiantes o pensionadas).³ Aunque las estadísticas no contemplen una multiplicidad de situaciones respecto al mercado laboral, de los datos aportados en el informe se deduce que, pese al incremento de las mujeres en el mercado de trabajo un porcentaje significativo no trabajaba fuera de su hogar y, las que lo hacían, se vinculaban con trabajos/profesiones ocupados históricamente por una abrumadora mayoría femenina.

El Cordobazo (y después) en la memoria de mujeres trabajadoras

La proscripción del peronismo, la inestabilidad del sistema político argentino, la influencia de movimientos revolucionarios y antiimperialistas surgidos a nivel mundial y particularmente en Latinoamérica, funcionaron como condición de posibilidad para la

² Baracat, Elías. “Situación de la mujer que trabaja, en la Provincia de Córdoba”, Informe Secretaría Ministerio de Desarrollo de la Provincia de Córdoba, 1973.

³ Baracat [1973].



emergencia, desde mediados de los sesenta y principio de los setenta, de un arco contestatario/opositor que fue progresivamente construyendo imaginarios comunes y variadas modalidades de acción. Si la dictadura iniciada en 1966 actuó como precipitante de una serie de tendencias que venían gestándose con anterioridad, el Cordobazo aceleró estos debates. Los orígenes de la movilización de mayo son conocidos. A modo de breve síntesis diremos que, en la mañana de aquel 29, obreros, estudiantes y personas de diversos orígenes y variados intereses salieron a las calles de Córdoba desde distintos puntos de la ciudad con el objetivo de protestar por un conjunto de medidas tomadas por la dictadura de Juan Carlos Onganía: la situación de las y los trabajadores, la intervención en las universidades, la represión, entre muchas otras. La movilización se topó con la violencia policial que obstruyó la marcha de las columnas hacia el centro de la ciudad provocando enfrentamientos. El asesinato de Máximo Mena provocó una reacción inmediata, la desorganización pautada inicialmente y el comienzo de una revuelta urbana que en muy poco tiempo sumó a diversos sectores sociales que se sumaron espontáneamente. Así, lo que comenzó siendo una protesta obrera por ciertas reivindicaciones sectoriales, con el apoyo del movimiento estudiantil, se convirtió en una revuelta popular e insurrección urbana en contra de la dictadura [Servetto y Ortiz 2019; Brennan y Gordillo 2008; AA.VV 1994].

Ahora bien, ¿participaron de alguna manera las mujeres ese 29 de mayo? Para intentar empezar a responder esta pregunta (re)visitaremos los escritos de un observador de la época, el sociólogo Juan Carlos Agulla. Dice el autor: “Si bien la mujer obrera en la Ciudad de Córdoba no constituye una masa muy significativa, en ningún caso es despreciable”. Sin embargo, al hablar del Cordobazo señala que ellas, al pertenecer a otros “estratos sociales” dentro de la masa obrera y debido al lugar “desnivelado” que ocupan en el sistema productivo (podemos inferir que se refiere a un lugar subordinado dentro del mercado de trabajo con respecto a los mayoritariamente masculinos), “casi estuvo ausente” del hecho, aun teniendo algunos gremios muchas afiliadas (como por ejemplo mercantiles, empleados estatales y docentes) [Agulla 1969: 16-17].

En otro apartado sostiene que en los acontecimientos de mayo se hizo evidente el peso cuantitativo de las mujeres estudiantes atribuido a la alta presencia de ellas en las facultades más “revoltosas y revolucionarias” [Agulla 1969: 45-46]. ¿Qué evidencias



guían las reflexiones de Agulla en relación a que la participación femenina fue mayoritariamente estudiantil?, ¿qué distingue a unas y otras, quiénes eran, qué hacían?, ¿una bandera partidaria, el acompañamiento a alguna columna en particular?, ¿una estética? No es mucho lo que podemos inferir de sus dichos, ya que las referencias en el texto son breves, muy breves. Sin embargo, allí el autor describe una imagen que se cristalizará sobre el Cordobazo: que en el mismo casi no hubo mujeres trabajadoras/obreras y que, por el contrario, las mujeres que estuvieron presentes eran estudiantes.

La evocación de este texto, escrito casi a la luz de los acontecimientos, nos permite hacer un primer señalamiento: muchas mujeres trabajadoras –algunas de las cuales se volcarán a la militancia política- eran también estudiantes universitarias y viceversa. Por otro lado, sus comentarios nos llevan necesariamente a plantear que el mundo del trabajo femenino (aunque también el masculino) es altamente diverso. Espacios heterogéneos en múltiples sentidos y, por tanto, diferentes a las imágenes “emblemáticas” de quienes ocuparon las calles en esas jornadas: mayoritariamente varones pertenecientes a los “grandes sindicatos” como el Sindicato de Mecánicos y Afines del Transporte Automotor (SMATA), Luz y Fuerza y la Unión Tranviarios Automotor (UTA). En este sentido, en relación a estos sectores las mujeres tenían un lugar subordinado dentro del mercado de trabajo, en tanto no pertenecían a los sectores “modernos” o “modernizados” de la economía y su capacidad de “golpear para negociar” era reducida.

Observemos, por ejemplo, el caso del Sindicato de Empleadas de Casas de Familia (SinPeCaF). El SinPeCaF nació en Córdoba en 1967 y obtuvo la personería gremial 2 años después. Entre las situaciones que denunciaban, y que finalmente las impulsa a constituir el sindicato, estaba la inestabilidad laboral, los cambios en las condiciones de los contratos entre patrones y empleadas (que eran de palabra) y los bajos salarios. En 2015 se homenajeó a quien fuera la fundadora del sindicato en Córdoba, Sara Astiazarán. A pesar de la falta de reconocimiento sobre su participación en el Cordobazo, desde sus recuerdos –individuales y colectivos- su participación fue determinante para decidir las jornadas de mayo.



“Ayer se celebró, un nuevo año del Cordobazo. El diario hoy difunde a todos los sindicatos, a todos los sindicalistas. Pero se olvidaron de la que por ella se decidió el Cordobazo, por su voto, Sara Astiazarán, la fundadora del SinPeCaF [...] Ese 29 de mayo ella venía en el camión, junto a Tosco y junto a tantos sindicalistas que dieron su vida por el ideal. *Sarita decidió con su voto el Cordobazo* pero sin embargo hoy no sale en La Voz del Interior eso. Salen todos los demás, *salen todos los que la conocieron, pero ninguno la nombró* [...]”⁴

Varias mujeres pertenecientes al sindicato participaron del Cordobazo y, a partir de allí, comenzaron a concurrir a diversas reuniones –de las que había muchas en la época- junto a distintos sectores de trabajadores/as. Al igual que otros espacios, el SinPeCaF fue consolidando su organización interna y comenzó a tender redes con otros sindicatos similares de distintos puntos del país. Algunas situaciones propias del sector hacían dificultosa la organización colectiva. Por un lado, la gran fragmentación entre ellas ya que, contrario al espacio concentrado de las fábricas, las empleadas se movían solas en sus espacios de trabajo. Por otro lado, había una gran tensión hacia el interior de “las domésticas” debido a la cercanía y familiaridad entre empleadas y empleadoras, hecho que dificultaba que las trabajadoras emprendieran con mayor sistematicidad acciones concretas de lucha (ya sea huelgas u otra metodología) en pos de sus derechos laborales.⁵

Otro sector altamente feminizado era el vinculado a educación, donde podían observarse un alto porcentaje de mujeres ejerciendo la docencia en todos los niveles de enseñanza, siendo mayoría casi absoluta en los niveles inicial y primario (más del 90%), decreciendo en las distintas modalidades del nivel medio (poco más del 60%) y disminuyendo considerablemente en el nivel universitario (22,3%).⁶ En 1964, la Unión de Educadores de la Provincia de Córdoba (UEPC) consiguió su personería gremial y para los años del Cordobazo atravesaba algunos conflictos internos entre la conducción y las delegaciones (sobre todo la de Capital). Soledad García era delegada del gremio desde 1967 e integrante de la lista Blanca, vinculada al Movimiento Renovador Docente. Según su testimonio, la UEPC era reacia a incorporarse a la CGT lo que significó que la delegación

⁴ Homenaje del SinPeCaF a Sara Astiazarán. Disponible en <https://rednosotrasenelmundo.org/El-SINPECAF-homenaje-a-Sara>. Ver también el homenaje de Camel Rubén Layún titulado *Sarita*. Revista Tiempo Latinoamericano. Octubre de 2005. Disponible en <https://revistatiempolatinoamericano.com/rev/080/TL-080S12.pdf>

⁵ Testimonio de Flora Quinteros en Fulchieri [2018].

⁶ Baracat [1973].



capital y muchas docentes que consideraban importante participar de la movilización se sumaran de manera autónoma. En el siguiente fragmento habla del Cordobazo y la participación de las docentes en la movilización que, desde su perspectiva, osciló entre la sorpresa por lo que pasó y la marca subjetiva que quedará a partir de allí.

P. ¿Y estuviste en el Cordobazo?

R. Sí, nosotros participamos [...] Por supuesto más bien calladamente porque no era así como gremio que estábamos, porque no estaba el gremio [...] Pero a la mañana con la marcha y con las columnas estuvimos en el medio... Yo no estuve en la Citroen, estuve más acá [...] Y que veíamos venir todo y entonces medio nos preparábamos... *pero de todas maneras me parece que para la onda más pueblada no estábamos preparados*. Porque en un momento yo estaba con unas maestras, como cerca de lo que era la Oriental, allá donde está la Plaza Colón, y me acuerdo del susto que algunas salieron y ya no nos encontramos más, porque fue mucho desparramo. O sea como que participamos pero no se sabía hasta donde podía llegar [...] *Pero fue muy fuerte esa experiencia* [...].⁷

A partir de esta época se aceleró el debate, hacia el interior de las escuelas, sobre el rol de las y los maestros, si eran trabajadores u otra cosa (ya que muchas/os consideraban su actividad como ajena al mundo del trabajo). Además, en el caso de las mujeres, la alta feminización del trabajo docente, traía aparejada una construcción sociocultural que establecía que su trabajo era una “extensión de sus funciones naturales”, una vocación. Quizás no hay que alejarse mucho en el tiempo para encontrar en las representaciones sociales imágenes de las escuelas como “segundo hogar” y las maestras como “segundas mamás”. Sin embargo, a pesar que el sector docente estaba compuesto en su mayoría por mujeres, durante mucho tiempo sus dirigencias fueran varones. En UEPC será recién en 1973 que se elegirá una mujer –Tania Fita- como conducción provincial del gremio, y habrá que esperar hasta 2002 para que eso vuelva a ocurrir.

Aunque no existía como sindicato para los tiempos del Cordobazo, el proceso de conflictividad social e intensa politización y participación de la época consolidó también el espacio de lucha de las y los docentes de escuelas privadas que, tras largos conflictos con la patronal, lograron crear el Sindicato de Educadores Privados y Particulares de Córdoba (SEPPAC). Una cierta conclusión a los debates que hemos mencionado sobre el

⁷ Entrevista a Soledad García, realizada junto a Melina Alzogaray. Córdoba. 03/12/2004.



lugar social de las y los docentes, al “apostolado de la enseñanza”, tal lo calificara la revista *El Descamisado*⁸, y al proceso de reconocimiento de derechos de las y los trabajadores de la educación, fue la creación, en 1973 de CTERA (Confederación de Trabajadores de la Educación de la República Argentina).⁹ Aunque no hay una relación directa entre la cantidad de trabajadoras y la sindicalización podemos suponer que hubo un aumento de su participación en el espacio gremial. De hecho muchas militantes detenidas/desaparecidas por la dictadura cívico-militar eran activas partícipes de estas construcciones como Julia Brocca, María del Carmen Sosa, Ester Luque y Dina Silvia Ferrari.

Dice Giorgio Agamben en un breve ensayo llamado *La Aventura*, que para que un evento sea tal -no todo es un evento-, es necesario que se sienta dicho suceso como un suceso propio. Y agrega: “Querer el evento significa simplemente sentirlo como propio, aventurarse, ponerse en juego en él por completo [...] Sólo así, el evento que en sí mismo no depende de nosotros se vuelve una aventura, se vuelve nuestro o –más bien debería decirse– nosotros nos volvemos suyos” [Agamben 2018: 51]. Este breve interludio sirve para destacar la importancia que creemos refleja el “*Evento Cordobazo*” en los testimonios. En este sentido hay palabras y frases repetidas una y otra vez, pero también el intento de explicar sensaciones corporales, de lo que el hecho produjo, o al menos lo que hoy recuerdan que creen que pasó; acontecimientos vividos, ligados a las experiencias concretas; acontecimientos recordados, ligados a la memoria, lo que ocurrió antes y después, explica Alessandro Portelli [2016]; todo permea y se filtra en los testimonios. La apropiación del hecho, la forma en que se narra el momento que “*te cambió la vida*”, la “*lucha contra la dictadura*”, “*la unión obrero-estudiantil*”. Trayectorias personales (y políticas) que se reconocen herederas de otras, familiares o sociales, de corta y larga duración, entre las que se referencian mujeres: Eva Perón, por supuesto, pero también Hilda Guerrero de Molina (trabajadora tucumana asesinada en 1967) y tantas más “anónimas” que toman visibilidad en la medida en que son nombradas.¹⁰

⁸ *El Descamisado* N° 20. “*Educación para la liberación*”. Octubre de 1973.

⁹ En igual sentido, salvando algunas especificidades, también podrían ser incluidas/os en este proceso de consolidación de derechos laborales las y los docentes universitarios.

¹⁰ Estas referencias, como señalan Andrea Andújar y Débora D’Antonio, permiten pensar un mapa más amplio respecto de la participación política y social de las mujeres que exceden lo concretamente espacial



Memorias situadas en un espacio concreto, en tiempos intensos donde la revuelta se volvió insurrección y se aceleró la noción de que “*la revolución estaba a la vuelta de la esquina*”. Como contrapartida, se mezclan en los mismos relatos el deslumbramiento del hecho con el miedo, el temor a la represión, las corridas, el desborde del momento, subir a los techos, esquivar a los francotiradores, ver arder la ciudad entera. Observemos un poco más de cerca el testimonio de Alicia, nacida en 1945 en un pueblito del sur cordobés:

Empecé a trabajar en una empresa que todavía existe, que es importante que es Comercial Feiro [venta de artículos eléctricos], que es lo que conseguí y empecé a trabajar ahí, era administrativa ahí, oficina [...] Empecé a trabajar [en el año 1969] y al año siguiente empecé a estudiar. Y el año ese que vine se dio el Cordobazo... fue una cosa muy, como muy fuerte porque... miré al Cordobazo con una absoluta ingenuidad, lo miraba y caminaba mirando lo que pasaba como si fuera invisible yo [risas] [...].

P: ¿En ese momento ya habías empezado a militar?

R: No, no, no. Yo estaba laburando y yo estaba descubriendo el mundo. Yo no tenía militancia en ese momento de nada... si siempre fui muy curiosa o interesada en lo que pasaba, siempre estaba informada, eso sí. Entonces, bueno, me sumaba a todo. Yo después entré a la universidad, a Trabajo Social.

Al igual que muchas mujeres y varones que vinieron del interior, la llegada a Córdoba, más aún después de mayo de 1969, la conectó con la actuación política y social, “*yo vine a vivir a Córdoba justo en el año del Cordobazo. Y a mí el Cordobazo me marcó*”. Lo que vendrá supondrá activar para transformar. Así, después de mayo de 1969, Alicia comenzó a militar. Lo hizo en el sector de salud, siendo delegada de su sección –enfermería– en el Hospital Rawson. Poco tiempo después se sumará al Partido Revolucionario de los Trabajadores–Ejército Revolucionario del Pueblo (PRT-ERP). Tal vez por el tipo de actividad, muchas veces considerada “femenina” –enfermeras, cocineras, mucamas, médicas–, había allí gran cantidad de mujeres participando, pero también muchos varones. Se priorizaban las demandas relacionadas con las condiciones laborales –días de trabajo, mejores condiciones de salubridad laboral, herramientas adecuadas, salarios, entre otras–. Alicia recuerda que, si bien hacia el interior de ese hospital había una participación significativa de mujeres, las mismas estaban

y temporalmente situado para trazar genealogías sexo-genéricas de larga duración en nuestro pasado reciente [Andújar y D’Antonio 2020].

Ana Laura Noguera “¿Tuvieron las mujeres un Cordobazo? Algunas reflexiones desde testimonios de mujeres trabajadoras”, Revista de Estudios Marítimos y Sociales, N° 18, enero 2021, pp. 297-324.



principalmente en las bases pero no en las direcciones de los sindicatos, ni ocurría lo mismo en otros hospitales:

Lo que si había era que había menos mujeres en la representación, había mucho menos mujeres en la representación. Porque yo cuando iba a la Inter Hospitalaria, por ejemplo, en mi sector cuando yo iba al sindicato, por sector, de otros hospitales no siempre venía una compañera mujer, había varones en general. Y en la Inter-Hospitalaria también, en la Inter... que estaban los médicos, los maestranzas...también había absoluta mayoría de varones [...] La Inter era un organismo que nucleaba representantes de todos los centros de salud, de todos los hospitales y que era una instancia de lucha muy importante para todo lo gremial, para todas las condiciones laborales.¹¹

Esta diferencia entre varones y mujeres a la hora de participar es atribuida por Alicia a cuestiones de clase y no a diferencias de género. Para ella, las mujeres trabajadoras no participaban de igual manera debido a que tenían más carga social y no contaban con el consentimiento de sus maridos para militar. Ellos muchas veces concebían, a su entender, lo político como un espacio estrictamente masculino:

Las mujeres, tenían menos posibilidades, no era tan fácil porque no te olvides que las mujeres tenían mucha carga. Mis compañeras de trabajo tenían un montón de carga social, familiar entonces la participación no era igual [...] No tenían posibilidades de participar, tenían una casa, hijos y la carga de la casa para la mujer era terrible porque no se compartía ahí. Tenían maridos que no compartían esto para que la mujer tuviera espacio para ir al sindicato, para ir a las reuniones, para ir al otro hospital. Porque tenías que ir a hablar a las instancias [...] La militancia había más militancia entre los hombres en el hospital. Participaban menos las mujeres en la militancia.

P: ¿Peleaban por eso?

R: No de mi sector no, *eso lo podría haber en las mujeres de la universidad o lo podías ver en las médicas, en una médica o en las fisioterapeutas; pero las mujeres de mi sector no, en la gente de maestranza menos.*

P: ¿Por qué te parece que fue así?

R: *Porque... pertenecían a un sector en donde todavía la condición de mujer era que no militaban. La militancia era de los hombres.*¹²

¹¹ Entrevista a Alicia, realizada junto a Melina Alzogaray. Córdoba, 28/07/2004.

¹² Entrevista a Alicia. El destacado me pertenece.



Había una creencia extendida en la época, que no era del todo novedosa, que eran las mujeres quienes impedían la participación de los varones en la política. En este sentido, el testimonio de Alicia resalta que las mujeres trabajadoras no profesionales, de sectores populares, también eran presionadas por sus maridos (obreros o trabajadores e incluso militantes) para mantenerse alejadas de una actividad que ellos consideraban masculina. Su percepción, en tanto “externa” a esa clase social, es que ambos reproducían roles que podríamos denominar “tradicionales”, donde las mujeres seguían siendo las guardianas del hogar y la familia. Asimismo, ella menciona que este tipo de situaciones eran más frecuentemente problematizadas en otros grupos de mujeres de perfiles profesionales, universitarios o militantes.

Como mencionamos anteriormente, hubo significativas transformaciones dentro del mercado de trabajo en relación a la mano de obra femenina. Siguiendo los datos proporcionados por el censo de 1970, el sector servicios, comercio y finanzas y seguros fue donde mayor concentración de trabajadoras hubo. Existió un aumento notable de mujeres en la administración pública y en el rubro servicios sociales y comunales. El 72% de la población económicamente activa femenina estaba ocupada en este último y comprendía enfermeras, maestras, profesoras, profesionales [Recchini de Lattes 1980: 49-50].¹³ Aunque no podemos establecer una relación directa entre los estudios y los trabajos de las jóvenes que transitaron esos años existió para algunas una estrecha relación entre las mejoras en el acceso a la educación formal y las posibilidades de inserción en el mercado de trabajo como profesionales.¹⁴

¹³ Ver también Baracat [1973].

¹⁴ En este sentido si ponemos el foco en la matrícula universitaria femenina observamos que la misma experimentó un aumento sin precedentes. En la Universidad Nacional de Córdoba se inscribieron, en 1968, 9.742 (y 17.108 varones) y para el año 1973 figuraban 20.506 (y 23.731 respectivamente); en los diez años que van de 1966 a 1976 creció en un 15,3%, en relación a los varones. Así, encontramos una significativa concentración de mujeres en las denominadas “profesiones femeninas” como Letras, Historia, Filosofía, Servicio Social o Psicología dentro de las Humanidades. En el caso de las carreras relacionadas con las ciencias médicas, la proporción de las jóvenes que eligieron Nutrición, Auxiliares de la Medicina y Enfermería, conservó altos niveles, mientras que el impacto en Odontología fue significativo. Aunque en menor proporción y de manera menos acentuada, las mujeres también se inscribieron en las denominadas Ciencias Físicas y Naturales. En aquellas profesiones que tradicionalmente no habían sido tan receptivas al ingreso femenino, como Medicina y Derecho, si bien se experimenta un crecimiento sostenido no alcanza, para el año 1976, el 50% del total de los estudiantes. Distinto fue lo ocurrido con las distintas ramas de la Ingeniería, en las que el porcentaje de mujeres -históricamente reducido- apenas sufrió variaciones, no superando el 12% a fines del período.



Tuti nació en 1948, en Villa del Rosario (Córdoba). Sus padres eran hijos de inmigrantes españoles, prácticamente analfabetos. Cuando terminó la escuela primaria ellos se opusieron a que siguiera estudiando. Querían que aprendiera a hacer algunos trabajos que en ese momento “*se consideraban muy femeninos*”. Después de un año sin estudiar, a los 15 retomó los estudios e ingresó a una escuela mixta. En 1969 se vino a vivir a Córdoba, a la casa de un primo, y comenzó a trabajar en estudios jurídicos. Luego entró como administrativa en la Caja de Jubilaciones de la provincia. En ese mismo año ingresó a estudiar en la Escuela de Letras y al poco tiempo entró a militar en la Liga de Acción Revolucionaria (LIAR).

Y ahí eso me permitía estudiar porque trabajaba medio día hasta las dos de la tarde, entré en el año '69 en la facultad yo y al poco tiempo empecé a trabajar en la caja de jubilaciones e iba después a la facultad y hacía todas las materias a la tarde [...]

P: ¿Y cómo viviste el Cordobazo?

R: Claro, yo con el Cordobazo recién entro a la facultad, yo entro en el '69 o sea que yo ahí lo veo medio de afuera yo todavía no estaba muy integrada, o sea que lo vemos como un fenómeno popular, adheríamos totalmente, días antes se hacen manifestaciones, vienen las manifestaciones, incluso yo en ese momento no analizo que se puede llegar al Cordobazo, a partir del Cordobazo...[...] O sea que se junta, la militancia hace que se junte la clase obrera, los sindicatos con los estudiantes, están muy unidos [...].¹⁵

Muchas mujeres trabajadoras –algunas de las cuales se volcarán a la militancia política– eran también estudiantes universitarias. El censo universitario de 1968 informaba que las y los estudiantes que tenían al mismo tiempo un empleo remunerado eran alrededor del 40%.¹⁶ Francisco Delich estimaba, en 1970, que el 35 % de los estudiantes también eran trabajadores ocupados, la mayoría de ellos, en el sector público o de servicios y como empleados de comercio e industria [1994[1970]]. Así, las/los *estudiantes-trabajadoras/es* articularon políticamente, a través de la militancia, los espacios universitarios con los laborales. Uno de esos espacios de activación fue el Sindicato de Empleados Públicos de la Provincia de Córdoba (SEP). El mismo fue creado el 19 de septiembre de 1950. Según las propias memorias del sindicato si bien no hubo una participación significativa del

¹⁵ Entrevista a *Tuti*, realizada junto a Melina Alzogaray. Córdoba, 17/10/2004.

¹⁶ Lamentablemente el censo no diferencia por sexo al hacer las estimaciones. *Estudiantes y recursos humanos en la U.N.C.* (1970). Dirección de Planeamiento. Departamento de Estadística, UNC.



gremio en las jornadas del Cordobazo, a partir de allí se inauguró una etapa de consolidación de la organización interna, afianzada a partir del ingreso del SEP a la CGT. Según el informe de Baracat antes citado, dentro del empleo público, el 59,2% de los empleados provinciales eran varones, constituyendo el restante 40,8% a las mujeres.¹⁷ Así, al ritmo del aumento en la cantidad de afiliados y mayor participación a través de asambleas y cuerpos de delegados, muchas profesionales (trabajadoras sociales, psicólogas, educadoras, arquitectas, médicas) y también con otras trayectorias, trabajaron en instituciones públicas y/o de gobierno (hospitales, bibliotecas, secretarías y/o ministerios) y desde allí militaron dentro y fuera del sindicato.¹⁸

Como señalamos anteriormente, al aumento y permanencia de las mujeres en el mercado de trabajo coincidió con un aumento de la participación de las mujeres en los distintos espacios que nuclean a las y los trabajadores. En este contexto, hubo reivindicaciones vinculadas a “problemáticas femeninas” y también reclamos concretos en tanto seguían existiendo diferenciaciones laborales –históricas dentro del mundo del trabajo- en relación a los varones. Cuenta *Tuti* en su testimonio, la organización de una guardería en su lugar de trabajo.

Sí, yo tuve una experiencia muy linda en el trabajo donde se hace una guardería y llevamos los bebés y había gente que atendía la guardería y los padres que colaboraban desde el mismo trabajo, o sea eso se forma en el trabajo y se le da importancia a la guardería para la mujer que trabaje [...].

P: ¿Organizado por ustedes mismas?

R: Organizado por nosotras las mujeres, se pidió a las autoridades, aceptaron y se consiguió eso que fue una experiencia muy buena, muy buena y la tranquilidad de las mujeres que estábamos trabajando ahí de tenerlo cerca ante cualquier cosa se nos llamaba a la oficina y podíamos verlo, fue una experiencia muy linda y eso fue en el año '73-'74. O sea que cuando llega el peronismo hay ciertas reivindicaciones que se veían y que se logran, se aceptan, son aceptadas por las

¹⁷ Baracat [1973].

¹⁸ Entre las mujeres detenidas/desaparecidas/asesinadas por el Terrorismo de Estado, vinculadas al SEP, o delegadas de su lugar de trabajo dentro del sector público podemos mencionar a Ana Catalina Abad (Sec. Comercio e industria); Amanda Lidia Assadourian (Dirección general de rentas); Mauricia Zulima Castillo (Escuela de artes de la Provincia); Mirta Noemí Abdón de Maggi (Centro de cómputos); Rosa Dory Maureen Kreiker (Administración pública); Marcela Josefina Guzmán Saravia (Ministerio de Salud); Norma Hilda Melani (Ministerio de desarrollo social); Nélide Noemí Moreno (Policía de la Provincia de Córdoba-Administrativa); Gloria Nélide Fonseca (Instituto Provincial de Atención Médica –IPAM-); Rosa Elena Ocampo (Escritanía general de gobierno); Miriam Irene Demichelis (Hospital Rawson); Elda María Francicetti Martoglio (Dirección de Estadísticas y Censos de la Provincia de Córdoba); Delia Estela Burns Villalba (Hospital Rawson); Mónica Cappelli (Biblioteca del SEP).



autoridades en ese momento y en muchos lugares de trabajo se forman las guarderías.¹⁹

El proyecto de guarderías en los lugares de trabajo era un reclamo extendido entre las trabajadoras de la época. La Coordinadora de Unidades Básicas Femeninas (ligadas a la Tendencia Revolucionaria del peronismo) sostenía en 1973, “que haya jardines y guarderías para que podamos trabajar tranquilas y sumar así nuestro esfuerzo al de todo nuestro pueblo que quiere reconstruir y liberar a la patria”.²⁰ A este reclamo se sumaban otras reivindicaciones que, según ellas entendían, eran “propias” del género femenino: igual salario por igual trabajo, respeto a las leyes de protección a la maternidad e infancia, mejores condiciones laborales, además de las ya mencionadas guarderías en fábricas y lugares de trabajo (conforme a la Ley N° 11.317, que paradójicamente databa de principio de siglo). También promovían la apertura de talleres y centros de capacitación para contribuir a la formación técnica y cultural de las mujeres [Noguera 2019a].

También muchos Convenios Colectivos de diferentes sectores – como bancarios y la administración pública – tenían licencias especiales de 1 o 2 días al mes en concepto de “Día Femenino” y 2 días consecutivos anuales para exámenes ginecológicos de rutina, además de las licencias por maternidad. Muchos de estos convenios fueron anulados por la dictadura cívico militar de 1976, dejando sin efecto la aplicación de los mismos, sobre todo aquellas licencias referidas al cuidado de la “salud e higiene femenina”, a excepción de las licencias pre y pos parto.

Un punto señalado por las testimoniantes como de “tensión” para algunas trabajadoras era la vestimenta. Quienes tenían empleos formales debían presentarse con ropa adecuada a lo que socialmente era considerado una vestimenta apropiada para las mujeres, que incluía el uso de polleras y zapatos. De hecho, estaba prohibido el uso de pantalones en muchos lugares de trabajo. Sin embargo, para las jóvenes usar cotidianamente jeans, camisas o remeras, es decir, una forma de vestir más unisex, tendía a romper con los estereotipos y se manifestaba más cómoda y simple, flexible, menos encorsetada, siendo expresión también del discurso de liberación y de ruptura generacional que atravesaba las

¹⁹ Entrevista a *Tuti*, realizada junto a Melina Alzogaray. Córdoba, 17/10/2004.

²⁰ El Descamisado N° 19, 26/09/1973, “La mujer presente”.



mujeres. Muchas estudiantes, que también eran trabajadoras (y militantes), mencionaron que salían de sus lugares de trabajo y se cambiaban, seleccionando la ropa en función del espacio al que se debía acudir: minifaldas para la facultad, pantalón y camisa para ir al barrio o al sindicato. En un sentido inverso, para las mujeres que ingresaban a trabajar a las fábricas la vestimenta obligatoria era el pantalón, debiendo “despojarse” de uno de los rasgos estéticos que sostenía la imagen de una feminidad “tradicional”, la pollera o el vestido.

Las mujeres en los sectores industriales

¿Qué ocurría con el trabajo femenino en algunos sectores industriales? Allí, su presencia era más bien escasa (el 16,6%), y se concentraba principalmente en el rubro textil y de confección y en sector calzado. Asimismo, dentro de las actividades realizadas por ellas más del 40% hacía tareas manuales no calificadas (a diferencia de los varones que constituyen un 23%), descendiendo marcadamente su presencia en puestos de altos jefes, técnicos y profesionales. El censo nacional económico, realizado en 1974, mostraba que su participación en el sector industrial continuaba siendo reducida, apenas un 11%.²¹

Los datos disponibles para todo el país indican que dentro de las industrias más dinámicas (automotriz, metalúrgica, fabricación de artefactos y productos eléctricos, productos químicos y petroquímica) la presencia de mujeres fue prácticamente mínima, sólo el 1% del crecimiento total de la mano de obra femenina durante el periodo 1947-1970. Aun así tuvo un crecimiento relativo importante, concentrándose principalmente en aquellas vinculadas a la electrónica y de armado de aparatos eléctricos –ligada sobre todo a la metalúrgica y construcción de transportes– y a las industrias químicas. Además, se registró una mayor participación de las mujeres en los departamentos administrativos de estas industrias.

Una de las industrias ligada al sector automotriz que estaba ocupada en su gran mayoría por mujeres era ILASA (Industria Latinoamericana de Accesorios S.A.). La empresa

²¹ Censo Nacional Económico 1974, Instituto Nacional de Estadísticas y Censos, Dirección de Informática, Estadística y Censos de Córdoba.



buscaba principalmente mano de obra femenina debido al tipo de tareas específicas que ellas realizaban, esto es, tareas manuales simples que requerían motricidad fina, coordinación, “delicadeza”, buena vista y concentración, aunque no fuera un requisito tener calificación o experiencia previa. Por el contrario, a los varones se los destinaba a tareas que requerían mayor fuerza física, además de exigirles calificación y experiencia, evidenciando así, una división sexual de la organización laboral [Laufer 2019a]. Lina Avena comenzó trabajando a los 16 años en la empresa, allá por 1964. Junto a unas 300 mujeres, jóvenes (y solteras) en su mayoría, soldaban, encintaban y cortaban cables y componentes eléctricos para Renault. En su testimonio relata las difíciles condiciones laborales: falta de protección y equipamiento acorde al tipo de trabajo, control absoluto para ir al baño, a las que habría que sumar el trabajar permanentemente paradas y la falta de guardería en el lugar para aquellas que eran madres. A raíz de estas situaciones decidió junto a un grupo de compañeras afiliarse al SMATA y empiezan a participar de las reuniones del gremio. Aunque recuerda algunas mejoras laborales como aumentos de sueldos, reparto de uniformes especiales, protección para los ojos de las soldadoras y la creación de lugares adecuados para comer dentro de la fábrica, siguió existiendo la diferenciación salarial con los varones: “Incluso nos hacían convenios por separado de los varones y después supimos que ellos no solo cobraban más sino que tenían los puestos más calificados, como capataces o en mantenimiento”.²² Para el 29 de mayo, ya organizadas e involucradas en la lucha del sector, las trabajadoras de ILASA hicieron abandono de tareas y se sumaron a las columnas que se dirigían al centro de la ciudad.

A mí me tocó hacer la punta en el abandono de tareas del 29 a las 10:30. Nos subimos a una Estanciera del SMATA y enfilamos hacia el centro de Córdoba. Recuerdo que me agarré un susto grande cuando vi en la parte trasera del auto un montón de molotov. Pudimos llegar por Colón hasta el Cinerama y allí nos enfrentamos con la policía montada. ¡A pura bolita los hacíamos retroceder! *Nosotras estábamos todas juntas y me acuerdo de la alegría que teníamos*, yo me animaría a decir que el Cordobazo fue un verdadero bautismo para las que nunca abandonamos la lucha [...].

²² Testimonio de Lina Avena en Fulchieri [2018].



En 1970 a raíz de diversos conflictos entre las y los obreros (muchos afiliados al SMATA) y la patronal se procedió, como forma de protesta, a la toma de fábricas, entre ellas ILASA [Laufer 2019b]. El plan de ocupación incluyó también la toma de rehenes. Sería imposible detallar aquí los pormenores de este conflicto y el accionar concreto que se dio en ILASA. Me gustaría sí destacar algunos puntos del pliego presentado a la patronal en tanto ilustra algunas reivindicaciones propiamente “femeninas”. En primer lugar, se pedía la reestructuración del sistema de categorías a los fines de evitar la explotación de las compañeras. En segundo lugar, reclamaban la plena vigencia en Córdoba de la Ley 11.317 sobre instalación de guarderías infantiles en fábricas donde trabajan mujeres. Finalmente, también reclamaban la plena vigencia de la Ley 11.595/56 que establecía igual trabajo, igual salario, evitando de esa manera la diferenciación y discriminación entre la mano de obra masculina y femenina [Laufer 2019a; Ortiz 2019].

El sector mecánico era altamente masculinizado y esto se filtró en las concepciones que el sindicato que los representaba –el SMATA- construyó en torno a las mujeres del sector (cosa que también se reprodujo en otros sectores). Sin embargo, estas representaciones “tradicionales” entraron en tensión (incluyendo a sus propios compañeros del sector o militancia) con la práctica misma de ocupar un espacio de trabajo y, a partir de allí, luchar por sus derechos en tanto trabajadoras. Dos entrevistas a mujeres de ILASA publicadas en la revista del SMATA Córdoba en noviembre de 1973 daban cuentas de estas tensiones. Allí señalaban que los hombres “quieren que te dediques solamente al hogar, pero vos sabés que hay necesidades económicas entonces quiera o no, una sale a trabajar” y que una vez que ingresaban a la fábrica, por elección o necesidad, era necesaria la acción gremial “porque si te quedás aplastada vienen los de arriba los patrones y nos pisotean” [Servetto y Ortiz 2019: 10]. Así, pese a las tensiones, se produjo una creciente legitimidad respecto de la participación (política) de las mujeres en el espacio de la fábrica y el sindicato, consolidada a partir de la llegada de la Lista Marrón encabezada por René Salamanca en 1972.

Estas tensiones entre el rol socialmente aceptado para las mujeres y el mundo del trabajo excedían a “las mecánicas”; por el contrario, como hemos mencionado anteriormente al referirnos a otros sectores, era una *problemática* en tanto *mujeres trabajadoras*. El conflicto no era novedoso. A lo largo de todo el siglo XX las nociones de mujer-madre-



trabajadora fueron objeto de arduos debates dentro del amplio espectro de posicionamientos políticos. Todavía para los años setenta era una discusión en auge. Así lo expresaba la socióloga Eva Chamorro Greca en el VIII Curso de Temporada organizado por la Universidad Nacional de Córdoba en 1967. Presentado por la autora como un “problema” sociológico, justificaba esta caracterización en la medida en que la combinación de actividades vinculadas al ámbito familiar (cuidado de los hijos, de la casa y del esposo) –“porque por la división tradicional de funciones a ella le corresponde ser la ama de casa”- con actividades extra hogareñas generaban conflictos: “la mujer siente sobre sí un doble peso o una doble expectativa [...] O sea que este problema tiene una consecuencia individual y otra social”. Si bien en el análisis de Chamorro Greca se perciben los desplazamientos epocales respecto a los roles socialmente aceptados para cada género, es decir, la mujer “esposa y madre” y “la trabajadora”, se enfatizan las tensiones y conflictos entre estas transformaciones y la persistencia de un modelo “tradicional” de domesticidad, que suponía que las mujeres debían cumplir –también– con las actividades del hogar, el cuidado de los hijos y la cocina; además de las actividades profesionales, laborales (y por qué no, las políticas) [Noguera 2019b].

Otra industria que empleaban mayoritariamente mujeres era la del vidrio. Susy Carranza comenzó a trabajar en la fábrica Cindalux en 1968.²³ Allí fabricaban las lámparas que colocaban en los autos. Tenía 19 años. En su testimonio describe las malas condiciones de trabajo, los turnos rotativos, bajos salarios, la tarea de cocción a altísimas temperaturas sin protección corporal, los accidentes de trabajo y enfermedades debido a las exposiciones insalubres al calor (quemaduras, menstruaciones abundantes, varices hinchadas), la falta de lugares para comer, la ausencia de ventilación, entre muchas otras irregularidades. Recuerda que casi todas eran mujeres, salvo algunos varones en mantenimiento. Y, al igual que en ILASA, esto era así debido a que se trataba de un trabajo manual de precisión. Antes del Cordobazo, como parte de políticas de proletarización llevadas adelante por organizaciones de izquierda, menciona que entraron a trabajar a la fábrica mujeres estudiantes universitarias. Eso desdibuja en los contornos de la fábrica las diferencias de clase entre ellas y pone en juego experiencias diversas:

²³ Testimonio de Susy Carranza en Fulchieri [2018] y AA.VV [2006].



“traen otras miradas, formas de hablar, vestimentas muy distintas de las obreras que eran todas del barrio o de la zona” y entre todas van organizándose cada vez más a pesar del asedio de la patronal y la ausencia del sindicato, en connivencia con esta última. El 29 de mayo de 1969 marcharon organizadas desde la fábrica hacia el centro, esquivando a la policía y armando barricadas. La organización de las mujeres del sector (o por fábricas) continuó durante los setenta, en vaivenes que iban del éxito de las reivindicaciones a los despidos y persecuciones, según el momento. Sin embargo, Susy reconoce que no eran muchas, que a las mujeres obreras les costaba participar, porque sus maridos no las dejaban, porque no tenían tiempo para una “tercera jornada”, porque tenían miedo.

Yo digo que éramos “feministas silvestres”: trabajábamos ocho horas en la fábrica, seguíamos estudiando (algunas para terminar el secundario), hacíamos las cosas de la casa, teníamos hijos y algunas hasta bancaban a los maridos estudiantes. Nos llenamos las manos de quemaduras, sabañones, callos y de todo... así éramos las obreras de esa época.²⁴

De los distintos relatos podemos inferir que el accionar de las dirigencias masculinas de algunos sindicatos (más allá de si se trataba de los denominados “burócratas sindicales” o pertenecientes a listas de renovación clasista) le restaban cierta importancia a los reclamos específicamente “femeninos”, como lo relativo a condiciones laborales (brecha salarial, licencias por maternidad, guarderías, etc), aunque quizás los segundos fueran más permeables a la incorporación y participación de las mujeres en los espacios gremiales, en tanto los discursos de “igualdad” entre compañeros/as era una noción extendida entre los sectores de izquierda. Sin embargo, estos se “engeneraron” en la práctica política concreta y generaron tensiones en torno a las *mujeres trabajadoras/militantes/madres/compañeras*. Y es por ello que digo permeable, con ciertos reparos, ya que no debemos desconocer las múltiples tensiones entre clase y género al interior de ese amplio sector denominado “izquierdas”, entre los varones obreros y sus esposas, entre ellos y las otras obreras, entre las mujeres universitarias y las obreras, en las formas en que se veían unos/as a otros/as. Seguía operando la idea –con distintas intensidades según el sector social- que existía un desinterés femenino por la participación política o gremial, adjudicada a la escasa conciencia de las mujeres y a

²⁴ Testimonio de Susy Carranza en Fulchieri [2018: 66].



considerarlas sujetos políticos atrasados, más influenciadas por el individualismo burgués y, por tanto, más reaccionarias a la acción (revolucionaria). También operaba, como hemos mencionado, un eje conflictivo transversal: la supuesta “naturaleza” maternal de las mujeres y la incompatibilidad entre ser mujer-madre-trabajadora. Esto aparece muchas veces solapados en los relatos de las mujeres, quizás porque los marcos clasistas siguen siendo fuertes en sus estructuras de pensamiento o porque subestiman su propia participación en comparación con las experiencias masculinas. En este sentido, el carácter *débil o subalterno* de la memoria de las mujeres en relación a la de los varones ha reproducido las desigualdades entre los sexos en los análisis históricos sobre el período.

Los debates mencionados anteriormente reconocen una larga trayectoria que sería imposible seguir desarrollando en estas páginas. Para terminar, diremos que, a pesar de estas tensiones y contradicciones, las mujeres obreras/trabajadoras se organizaron, activaron las luchas del periodo en una gran diversidad de espacios, le pusieron el cuerpo a la militancia, se comprometieron políticamente cada una desde su lugar y con sus posibilidades. No fueron todas. Quizás tampoco la mayoría. Pero fueron percibidas por las FF. AA y el sector social que los apoyaba como un elemento “disruptivo”, subversivo. Así, muchas mujeres obreras/trabajadoras fueron perseguidas y encarceladas, otras pudieron salir del país o realizar un exilio interno. Otras muchas fueron asesinadas.

Consideraciones finales

Hemos reseñado en estas páginas sólo algunas experiencias de mujeres trabajadoras/obreras en Córdoba durante los sesenta y setenta. Días antes del Cordobazo la delegación Córdoba de la CGT de los Argentinos sostenía en una declaración que Córdoba decía basta a la dictadura y anudaba al reclamo antidictatorial con otros específicamente sectoriales: el congelamiento de salarios, la supresión del sábado inglés, las quitas zonales, la derogación de convenios, cesantías y persecuciones.²⁵

Al mismo tiempo, en lo que sólo en apariencia es un proceso social “autónomo”, las mujeres experimentaron un clima de renovación de las costumbres que “modernizaron”

²⁵ Declaración de la delegación regional Córdoba de la CGT de los Argentinos. *La Voz del Interior* 17/5/1969 citada en AA. VV [1994: 125].



y resignificaron las formas de la vida cotidiana, asistiendo a importantes transformaciones de los roles de género. Paulatinamente, principalmente entre los sectores medios/altos pero también en los sectores populares, ellas fueron desplazándose de los espacios tradicionales que las ubicaban exclusivamente en el ámbito del hogar y de la percepción social de que ese era su “lugar natural”, dando paso a nuevas formas de concebir el trabajo/profesión, la pareja, la familia, la maternidad, el cuerpo. Así, la visión de la mujer “moderna, independiente y emancipada” y una imagen “aggiornada” del estereotipo tradicional de madre, esposa y ama de casa consolidaron el proceso de transformación del modelo femenino de la época.

En este contexto, ¿cómo dijeron ¡basta! las mujeres obreras/trabajadoras? ¿Lo hicieron en tanto “mujeres”? ¿pensaron crear –como alguna vez lo imaginó Virginia Woolf -una “Sociedad de las de Afuera”, es decir, un colectivo de mujeres que pudieran salirse de las instituciones patriarcales en busca de emancipación?, ¿o lo hicieron postergando las diferencias de género en tanto se sentían parte de una clase explotada? Estas y otras muchas preguntas atravesaron el texto y sólo nos asomamos brevemente a esta problemática en nuestro intento de responderlas. Volvemos, entonces, a la pregunta inicial, ¿tuvieron las mujeres un Cordobazo? La respuesta no puede ser unívoca. Quizás no, si consideramos que no hubo una transformación radical de su lugar en el mercado de trabajo y el sistema productivo, ni tampoco si se piensa en transformaciones profundas de sus condiciones laborales. Pero definitivamente sí, en cuanto a su vinculación con la política, con la participación, con la posibilidad de agencia en términos de empoderamiento. Sin dudas, lo que ocurrió durante el Cordobazo (y después) no se trató de un hecho aislado. El ciclo de protestas que atravesaron estas décadas sumado a los cambios culturales y sociales sobre los roles de género y los lugares socialmente aceptados para ellas ejercieron una enorme influencia en una gran cantidad de mujeres que se imaginaron y se pensaron en otro lugar al que quizás habían tenido sus madres y abuelas. No queremos decir con esto que el Cordobazo haya inaugurado la movilización y politización femenina. Esta reconocía una larga tradición en Argentina, incluso dentro de los largos sesenta. Existió una acumulación de experiencias previas -locales, nacionales y transnacionales- donde se sintieron reflejadas. Luego tradujeron esas luchas al contexto local, imprimiéndole su impronta particular. En tanto recurrimos a memorias



situadas, el Cordobazo fue para trabajadoras, obreras, estudiantes, y muchas otras, una interpelación concreta que las convocó a la acción. Se abrió un punto de inflexión subjetiva/vital, un salto cualitativo –difícilmente cuantificable pero que atraviesa todos los relatos – que las invitó a sumarse a participar. O al menos una interpelación, un llamado de atención. Así, aunque en términos cuantitativos la movilización de mayo (y muchos otros de la época) tuviera una impronta netamente masculina, también para las mujeres fue una bisagra en términos políticos. Para muchas fue su “bautismo de fuego” y les abrió la puerta para acercarse al compromiso social y la militancia revolucionaria (armada y no armada). También para quienes sólo transitaron el momento, fue un acontecimiento que dejó marcas.

Tenemos la certeza de que a partir de allí, el proceso de reconocimiento y aceptación respecto a la legitimidad de la participación política de las mujeres en los diversos espacios estaba dando un paso más y sin dudas generó incomodidad. Las fichas fueron moviéndose. El aniquilamiento por parte de la dictadura cívico militar del “proyecto revolucionario clasista” arrasó también con los significativos cambios sociales –con tensiones y contradicciones- que experimentaron las mujeres, aún dentro de su gran heterogeneidad, respecto a su rol socialmente aceptado.

Quedan todavía muchas historias por develar y pendientes de ser contadas. La sexualización de la lucha de clases continúa operando con fuerza en las sociedades capitalistas presentes y será nuestra tarea exhumar estas memorias pasadas, muchas de ellas invisibilizadas, para poner en dialogo nociones estructurales respecto de la diferencia sexual en el mercado de trabajo –cuyas características exceden ampliamente los límites temporales aquí considerados- con las cuestiones coyunturales propias de la época. Podemos ver las consecuencias en la actualidad y, por ello, debemos seguir preguntándonos qué nos dice ese pasado sobre nuestro presente.



Bibliografía

AA. VV

1994 *Revista Estudios* N° 4. Centro de Estudios Avanzados, Córdoba.

AA.VV

2006 *Mujeres desde el Cordobazo hasta nuestros días*. Movimiento de Mujeres Córdoba, Córdoba.

AGAMBEN, GIORGIO

2018 *La aventura*. Adriana Hidalgo, Buenos Aires.

ÁGUILA, GABRIELA; LAURA LUCIANI; LUCIANA SEMINARA Y CRISTINA VIANO (COMPS.)

2018 *La Historia reciente en argentina. Balances de una historiografía pionera en América Latina*. Imago Mundi, Buenos Aires.

AGULLA, CARLOS,

1969 *Diagnóstico Social de una crisis*. Editel, Córdoba.

ANDÚJAR, ANDREA

2008 historia, género y memoria: las mujeres en los cortes de ruta en la argentina, en *historia oral y militancia política en méxico y en argentina*, necochea gracia, gerardo; mariana mastrángelo; edna ovalle rodríguez; patricia pensado leglise; anna ribera carbó; cristina viano. editorial el colectivo y ffyl/uba, buenos aires, pp. 95-119.

2017 Historia social del trabajo y género en la Argentina del siglo XX: balance y perspectivas, en *Revista Electrónica de Fuentes y Archivos (REFA)*. Centro de Estudios Históricos "Prof. Carlos S. A. Segreti". Córdoba (Argentina), año 8, número 8, pp. 43-59.

ANDÚJAR, ANDREA Y DÉBORA D'ANTONIO

2020 Chicas como tú... Género, clase y trabajo en la Argentina reciente: un balance desde la historia social, en *Archivos de historia del movimiento obrero y la izquierda*. Año VIII, N° 16, pp. 93-110.

BRENNAN, JAMES

1996 *El Cordobazo. Las guerras obreras en Córdoba 1955-1976*. Sudamericana, Buenos Aires.

BRENNAN, JAMES Y MÓNICA GORDILLO

2008 *Córdoba rebelde. El Cordobazo, el clasismo y la movilización social*. De la Campana, Buenos Aires.

DELICH, FRANCISCO

1994 [1970] *Crisis y protesta social. Córdoba, mayo de 1969*. Signos, Buenos Aires.

**FEDERICI, SILVIA**

2010 *Calibán y la bruja: mujeres, cuerpo y acumulación originaria*. Traficantes de Sueños, Madrid.

FRASER, NANCY

1997 *Iustitia Interrupta. Reflexiones críticas desde la posición "postsocialista"*. Siglo del Hombre, Colombia.

FULCHIERI, BIBIANA

2018 *El Cordobazo de las mujeres. Memorias*. Las Nuestras, Córdoba.

HALL, CATHERINE

2013 La historia de Samuel y Jemima: Género y Cultura de la clase trabajadora en la Inglaterra del siglo XIX, en *Mora*, 19(2), Buenos Aires. Disponible en http://www.scielo.org.ar/cielo.php?script=sci_arttex&pid=S1853.

HARTMANN, HEIDI

1980 Un matrimonio mal avenido: hacia una unión más progresiva entre marxismo y feminismo, en *Zona Abierta* N° 24. Buenos Aires, pp. 80-105.

KELLY, JOAN

1990 ¿Tuvieron las mujeres Renacimiento?, en *Historia y género: las mujeres en la Europa Moderna y Contemporánea* Amelang, J. y M. Nash. Edicions Alfons El Magnanim, Valencia, pp. 93-126.

LAUFER, RODOLFO

2019a Clase y género en la Córdoba combativa. Las obreras de ILASA y la ocupación de la fábrica en 1970, en *Anuario de la Escuela de Historia Virtual* 16, pp. 93-114.

2019b Estrategias sindicales y desarrollo del clasismo en la Argentina de los '70. Las ocupaciones fabriles y la huelga larga del smata Córdoba, junio-julio de 1970, en *revista despierta*, 5(5), pp. 47-75.

NOGUERA, ANA

2019a *Revoltosas y Revolucionarias. Mujeres y militancia en la Córdoba setentista*. Editorial UNC, Córdoba

2019B Cartografías femeninas. Un acercamiento al mundo del trabajo con perspectiva de género. Córdoba, 1966-1976, en *Anuario de la Escuela de Historia Virtual* 16, pp. 137-152.

en prensa "reflexiones teórico-metodológicas sobre género(s) y Memoria(s) en las narrativas de la Historia Reciente en Argentina, en *Estudios Feministas*, Morey Patricia (Comp.). Editorial Universitas, Córdoba.

ORTIZ, LAURA

2019 *Con los vientos del Cordobazo. Los trabajadores clasistas en tiempos de violencia y represión*. Editorial UNC, Córdoba.

PATEMAN, CAROL

1995 *El contrato sexual*. Anthropos, Barcelona.

Ana Laura Noguera "¿Tuvieron las mujeres un Cordobazo? Algunas reflexiones desde testimonios de mujeres trabajadoras", *Revista de Estudios Marítimos y Sociales*, N° 18, enero 2021, pp. 297-324.



PORTELLI, ALESSANDRO

1991 “Lo que hace diferente a la historia oral”, en *La historia oral*, Schwarzstein, Dora (Comp). Centro Editor de America Latina, Buenos Aires.

2016 La muerte de Luigi Trastulli (Terni, 17 de marzo de 1949). La memoria y el acontecimiento, en: *Historias orales. Narración, imaginación y diálogo*. La Plata: Prohistoria ed., pp. 37-68.

RECCHINI DE LATTES, ZULMA

1980 La participación económica femenina en la Argentina desde la segunda posguerra hasta 1970, en *Cuadernos del CENEP* N° 11.

SCOTT, JOAN

2011 [1999] *Género e Historia*. Fondo de Cultura Económica, México.

SERVETTO, ALICIA Y LAURA ORTIZ.

2019 La memoria como boomerang ¿qué queda del Cordobazo?, en *Contenciosa* año VII, nro. 9. Disponible en <https://bibliotecavirtual.unl.edu.ar/publicaciones/index.php/Contenciosa/article/view/8762/12169>.

STANLEY, JO

2002 Incluir los sentimientos: darse a conocer a uno mismo a través del testimonio político personal, en *Taller* N° 18. Vol. 6, pp. 135-155.